



AL SEÑOR  
D. CARLOS FELICES ANDUJAR  
CUESTO.

En noche de invierno  
ni clara, ni obscura,  
la calle del Mico  
rondaba un guasón,  
envuelto en su manta  
con grave postura,  
su mano empuñando  
terrible bastón.

Parado en la esquina  
do había una escuela,  
comiendo aceitunas  
parece que está.

Con voz de silbante  
cual de mujerzuela,  
á todo el que pasa  
pregunta, ¿Quién vá?

Después que tres veces  
pateó furioso,  
al punto una puerta  
con pausa se abrió.

De voz femenina  
oyóse un lamento...  
—Un cántaro al suelo  
sin duda cayó—

Luego que pasado  
fué el tremendo susto,  
la niña á su majo  
con fuerza le habló.—

—Mi máma no quiere,  
mi pápa tampoco,  
yo soy... obediente,  
no hay mas que decir...

¡Chato, no seas loco,  
ni hagas más el coco...  
márchate, demonio,  
déjame dormir!

—¿Así mala jembra  
te portas conmigo?  
Así, á mis quereles  
tal pago les das?

Si no te desdices...  
no hablo mas contigo,  
y de aquí á Pechina  
los sordos me oirán.

*Carlos Felices Andujar*



—¿Qué es lo que tu dices?

No és hasta Pechina  
donde habrán de oír,  
séalo hasta el Congo,  
Japón, ó la China...

¿Qué podrán decir...?  
¡Que el Chato, por majo,  
de pura vergüenza  
se debió morir!

Muy poco me importa  
que lances sentido  
al aire tus quejas,  
que, ficticias són.

Pues yó te aseguro  
que si á mí te acercas,  
te ganas, y cobras,  
el gran bofetón.

De aquesta amenaza  
no quedó corrido:  
sentóse en el suelo,  
se fumó un cigarro  
y se quedó dormido.

Colorín, colorao,  
amigo Dou Cários,  
esto se ha acabao.

*H. Nacarro de Vera.*

